Francesc Miralles

ØBLIVIØN 2

Tormenta de estrellas

LUNA ROJA

Gløøm

El látigo del viento azotaba la bahía como si quisiera borrarla del mapa. Sentado en la playa que separa Caleta de Sebo de Montaña Amarilla, reflexioné sobre todo lo que me había sucedido desde mi regreso de la península.

Tras vivir las aventuras más extrañas de mi vida y enamorarme por primera vez —mi corazón deseaba que fuera la última—, una calma mortecina había caído sobre mí como una losa. Ya hacía un mes de la carta de Ivonne, y no había vuelto a saber de ella.

Al parecer, era por mi propia seguridad que no debía intentar contactar con ella. Ahora que estaba protegido entre los míos, cualquier intento de salir de La Graciosa o de Lanzarote, donde iba al instituto entre semana, supondría un peligro.

Mi mirada muerta se posó en el mar que me separaba de los acantilados de la gran isla. Suspiré.

Vista desde fuera, mi vida no podía ir mejor. Mis padres me procuraban todo lo necesario y más, incluyendo mi residencia de Lanzarote y cualquier libro o disco que

quisiera pedir por internet, y no me hacían rendir cuentas de ningún tipo.

Raramente me preguntaban por el curso, y si el fin de semana me encerraba demasiadas horas en mi habitación, mi padre me preguntaba si no estaba estudiando demasiado. Inaudito. Desde mi regreso, la ferretería que hacía de supermercado y quiosco parecía dar unos beneficios insólitos para una población de seiscientos habitantes.

Me había cansado de preguntar de dónde salía el dinero que ahora nunca faltaba en casa.

En la residencia de Haría, donde estaba el instituto de secundaria, compartía habitación con Rubén, un graciosero que me había adoptado como mascota. Me contaba hasta altas horas de la noche sus aventuras con toda clase de chicas de Lanzarote, incluyendo extranjeras de paso, a la vez que me animaba a acompañarle para salir «de caza». Yo siempre me negaba.

Me callaba que estaba enamorado de una chica a la que tal vez jamás volvería a ver, ya que aquello habría despertado sus chanzas. Era más práctico adoptar el disfraz de empollón que tiembla ante la sola posibilidad de que su nota baje del 9. Así había acabado por dejarme en paz. Se conformaba con que fuera el confidente de sus conquistas, que revivía con todo lujo de detalles en la oscuridad de la habitación.

Los viernes regresábamos juntos al islote en el ferry que partía de Órzola. Como las gracioseras no tenían

ningún interés para él, decía, una vez ponía pie en el puerto de Caleta le perdía felizmente de vista. Según contaba Rubén, pasaba el fin de semana durmiendo, recuperando fuerzas para el lunes poder dar guerra entre las pocas turistas que llegaban a Haría, en el Valle de las Mil Palmeras.

Por mi parte, los fines de semana mis padres me obligaban a salir. El mero hecho de haber vivido en Madrid y Barcelona, aunque mi estancia allí hubiera durado un suspiro, me había convertido en una especie de héroe local. Cuando no íbamos a alguna playa lejana en bicicleta, mis amigos me acribillaban a preguntas mientras jugábamos a las cartas en cualquier bar del puerto.

Era poco lo que yo les podía contar, ya que aquel septiembre desconcertante no había vivido nada que pudiera considerarse normal. Por eso les contaba siempre las mismas anécdotas sobre el colegio privado donde apenas había pasado unos días.

Les fascinaba, por ejemplo, que delante de mi pupitre hubiera dos rubias. Y eso que no sabían que una de ellas se me había declarado.

Ahora que octubre llegaba a su final, encogido en aquella costa desértica, me dije que había perdido las ganas de vivir. Todo marchaba bien, pero cada día que pasaba sin noticias de Ivonne moría un poco más por dentro.

A mi estado de ánimo no ayudaba que escuchara en mi iPod una y otra vez *Gloomy Sunday*, una canción po-

pularizada por Billie Holiday que al parecer metía ideas peligrosas en la cabeza de los que la escuchaban.

Habla del domingo desesperante de alguien que ha perdido a su amada, a quien ya nadie nunca podrá despertar.

…The black coach of
Sorrow has taken you
Angels have no thought
Of ever returning you
Would they be angry
If I thought of joining you? [1]

El final del estribillo, «Gloomy Sunday», no tenía equivalente claro en castellano. *Gloom* hace referencia a la oscuridad y a la tristeza al mismo tiempo, al pesimismo y a la desesperanza.

Un término quizás intraducible, pero que definía a la perfección el estado de mi alma aquel domingo otoñal.

1. El negro carruaje del / dolor te ha llevado. / Los ángeles no tienen intención de devolverte. / ¿Se enfadarían conmigo / si yo pensara en unirme contigo?

1a Parte

LOS FAROS DEL INFINITO

Avistamientos

Quiero creer.

THE X-FILES

El primer viernes de noviembre salí de clase sin sospechar que aquella amarga calma que me estaba matando pronto iba a terminar.

Los escalones blancos del instituto estaban llenos de estudiantes que bebían cerveza y fumaban, pese a estar estrictamente prohibido en el recinto. A las cinco de la tarde caía un sol de justicia. Mientras esperaba a Rubén para tomar juntos el bus a Órzola, me refugié bajo una de las palmeras que rodeaban las instalaciones.

Cerca de allí, una pareja se lo montaba sin remilgos.

Desvié la mirada hacia las verjas grises que encerraban el oasis educativo del norte de la isla. Al otro lado, una fila de coches esperaba para devolver a sus retoños al hogar otro fin de semana.

Rubén seguía sin aparecer. Me disponía ya a encaminarme solo hacia la parada cuando una pareja de clase

me hizo una señal para que les esperara. Iban de la mano, caminando muy lentamente. Se notaba que no dependían de aquel autobús que no tardaría en pasar.

Nunca había hablado con ellos, pero me había fijado desde el primer día. Era difícil no verlos.

Él debía de medir metro noventa y era extremadamente esbelto. De cabellos morenos y piel bronceada, sus facciones rectilíneas recordaban a un maldito busto griego. Jamás le había visto alterarse.

Ella no le iba a la zaga. Sus cabellos castaños recogidos en una docena de rastas encuadraban unos ojos grises extrañamente grandes. Era un par de dedos más alta que yo, y su cuerpo provocaba suspiros entre todo el sector masculino. El mismo Rubén me había confesado una vez que cambiaría un año entero sin sexo por una sola noche con aquella diosa de curvas vertiginosas.

Recordé sus nombres, Ernesto y Petra, segundos antes de que se presentaran. Para mi sorpresa, sabían perfectamente quién era yo.

—Necesitamos tu ayuda —dijo él mientras me estrechaba la mano con una formalidad fuera de lugar—. Porque eres de La Graciosa, ¿verdad?

—Vamos en busca de un guía —sonrió ella mostrando una dentadura perfecta—. Te compensaremos por el tiempo que te haremos perder.

—No tenéis que pagarme nada. ¿Qué queréis saber?

—El camino a Montaña Amarilla —dijo Petra—. Nos gustaría llegar a la cima.

—Son un par de horas de camino desde Caleta de Sebo. Tres a lo sumo. El lunes os traeré un mapa. Ahora tengo que tomar el bus.

Los enormes ojos de ella se aproximaron a los míos, como si quisieran succionar mi voluntad y mi alma.

—El lunes es demasiado tarde. Tiene que ser mañana a medianoche.

Sin entender de qué iba aquello, me disculpé antes de apresurarme hacia la parada de autobús. La pareja perfecta me siguió. Flanqueado por aquellas dos torres, solté una rápida parrafada para sacármelos de encima:

—No es tan difícil. Solo tenéis que tomar el ferry desde Órzola. Una vez en La Graciosa, si recorréis el puerto de Caleta hacia la izquierda, donde terminan las últimas casas empieza la bahía del Salado. Luego pasaréis por la playa Francesa y finalmente por la de la Cocina. Allí mismo está Montaña Amarilla, que no llega a los doscientos metros de altura. Eso es pan comido para dos cachas como vosotros.

—Mil gracias por las indicaciones —intervino Ernesto con irritante cordialidad—, pero nos encantaría que nos acompañases. Imagino que son caminos peligrosos para recorrerlos de noche sin un aborigen. ¿Qué podemos ofrecerte a cambio?

La guagua[2] a Órzola apareció, entre una nube de polvo, como mi salvación. Aproveché que en pocos segundos estaría subiendo para despachar a aquellos dos:

2. Nombre que reciben los autobuses en las islas Canarias.

—Lo siento, tengo que estudiar todo el fin de semana. Además… ¿por qué queréis ir justamente a medianoche?

—Se han anunciado avistamientos —dijo Petra con un brillo infantil en los ojos.

—Avistamientos… —murmuré—. ¿Te refieres a ovnis?

—Eso mismo, objetos volantes no identificados.

La puerta del bus se abrió con un chirrido y una docena de jóvenes pasajeros se metieron en tromba para ocupar los mejores asientos.

—No creo en eso —dije para quitármelos de encima—. Mucha suerte. Si hacéis fotos, ya me las enseñaréis el lunes.

Como toda respuesta, se limitaron a mirarme mientras la guagua arrancaba levantando otra nube de polvo. Permanecieron allí, como dos estatuas de sal, hasta que un volantazo del conductor me permitió perderlos de vista.

Estrellas claras

Los sábados grises son la constatación
de que el mundo te ha olvidado
otro fin de semana.
IRIS & JAN

Los días iban cayendo, uno tras otro, como hojas muertas. También aquel sábado me dije que algo había cambiado en La Graciosa. Desayuné solo en la cocina de casa y salí en bici a dar un paseo por las calles de arena.

Antes de que las puertas de Øbliviøn me llevaran a la perdición, había disfrutado del suave y cotidiano trato con mis paisanos. Era imposible avanzar un par de metros sin que alguien te saludara con una sonrisa en los labios, o bien quisiera contarte alguna anécdota acontecida en el islote.

Esa agradable familiaridad había sido sustituida por un inquietante silencio.

A excepción de tres amigos con los que había crecido, ahora los gracioseros apenas levantaban la cabeza

al verme pasar. Aquel sábado me pareció leer incluso el miedo en los ojos de una anciana.

¿Qué estaba sucediendo?

Primero atribuí esas miradas de recelo al cambio de look que Birdy había operado en mí. Llevaba el pelo bastante más largo, las RayBan antiguas y camisa a cuadros. Era el único hipster de La Graciosa. ¿Sería por eso?

Siguiendo un ritual que había empezado de niño, a media mañana llevé dos cortados a la ferretería, donde mis padres acababan de recibir los periódicos del día. Una relajada cola de lugareños ya hacía acopio de diarios locales y deportivos para exprimirlos el fin de semana.

Esperé a que la tienda acabara de vaciarse para preguntar a mi madre:

—¿Se puede saber qué le pasa a todo el mundo? Parece que ya no me conozcan.

—Es que estás muy cambiado, hijo. —Sonrió ocultando un gesto de preocupación—. Has vuelto mucho más guapo y se te han pegado los aires de ciudad. Tú no te preocupes, ya sabes cómo es la gente.

—Pues no lo sé, ¿cómo es?

—Un poco envidiosa. A nosotros las cosas nos van bien, pero con la crisis hay muchas familias que están pasando por dificultades y…

La llegada de un fornido pescador hizo que se interrumpiera aquí. El hombre, que me había visto nacer, me examinó de arriba abajo antes de recoger los periódicos que reservaba cada semana.

Mi madre esperó a que se fuera para añadir:
—No te preocupes por nada. Todo va bien.

. . . . . .

Pasé la tarde releyendo unos apuntes de filosofía ante el televisor. El Bang & Olufsen integrado en la pared escupía un magazine con frivolidades de famosos. Cada vez que cambiaba de canal aparecía algo peor.

Levanté la cabeza de mis papeles para ver un magazine de cotilleos. Hablaban sobre el escándalo de los dos hermanos del fenómeno musical Play Serafin. Por lo que había oído, mientras uno cantaba en la sombra, el otro se había hecho famoso poniendo solo la cara. Por las miradas de desconfianza que se dirigían en los clips que estaban emitiendo, no parecía reinar la armonía entre ellos.

Apagué el televisor y me dirigí con pasos cansinos a mi habitación. Mis padres llegarían de un momento a otro y no tenía ganas de escuchar las anécdotas de la jornada. En un lugar tan pequeño como el nuestro, casi siempre eran de poca monta.

El ordenador de mi habitación me informó de que eran las 20:52. Aquel día interminable seguiría el guión marcado, me dije convencido. Tras la cena a base de pescado y patatas con mojo, acudiría a la terraza de El Varadero, un bar donde los chicos de mi edad mataban el tiempo jugando a los dados.

La puerta de casa se abrió justo cuando me tumbaba en la cama para clavar la mirada en el techo. Estaba blanco inmaculado, como mi mente en aquel momento.

Encerrado en mi cuarto, entreoí cómo mi padre reprendía a mi madre por haber olvidado comprar vino. El hombre no concebía un almuerzo o una cena sin su vaso de malvasía de Lanzarote.

Activé una canción *random* en el iTunes del ordenador para no tener que oírlos. Entre los mil y pico temas que tenía ahí dentro sonó *Klara stjärnor*[3], una delicada pieza de piano de Jan Johansson. Aquella adaptación jazzística de una pieza tradicional para niños era de un pianista, muerto en 1968, que se había dado a conocer por la composición de *Pippi Langstrump*.

Mientras me agarraba a aquella melodía sencilla y magnética que recordaba a las composiciones infantiles de Bach, la puerta de la habitación se abrió y apareció la ruda estampa de mi padre.

—¿Ya cenamos? —pregunté.

—Qué va... Una chica de tu clase pregunta por ti ahí fuera. A esta no la había visto nunca. Vaya pibonazo.

3. Del sueco, «Estrellas claras».

Montaña Amarilla

Cien mil mundos nos separarán.
A mil años luz de ti.
SIDONIE

Para mi asombro, al otro lado de la puerta estaba Petra. Con una abultada mochila a la espalda, shorts y calzado de montaña, parecía equipada para un trekking por la Patagonia.

—¿Dónde está Ernesto? —pregunté.

—Se encuentra mal, pero me ha animado a que vaya igualmente a Montaña Amarilla.

—Vas a ir sola, entonces… ¿Qué llevas en ese mochilón? ¿Un telescopio?

—¡Qué va! —rio—. Solo un saco grande de dormir, además de unos bocadillos.

Pude notar detrás de mí la sombra inquisidora de mi padre. Desde el umbral de la puerta, no se estaba perdiendo una sola palabra de aquella insólita conversación.

—Mucha suerte con los ovnis —concluí—. No te resultará difícil llegar hasta ahí arriba. Por cierto… ¿cómo has sabido dónde vivo?

—Preguntando. —Los enormes ojos grises de Petra no ocultaron su decepción—. Aquí os conocéis todos, ¿no? Pensaba que al final querrías acompañarme.

—Ya te dije que…

Un empujón de mi padre casi me hizo caer de bruces sobre la arena.

—Va contigo —dijo con voz de mando—. No sería correcto que un graciosero dejara que una joven forastera se pierda de noche por ese desierto.

Petra agradeció con una luminosa sonrisa aquellas palabras.

Como cierre de aquella escenificación, mi padre simuló que me daba un beso en la mejilla para susurrarme:

—¿Tú estás tonto o qué? No has visto una jaca como esta ni en tus mejores sueños.

• • • • • • • • • • • • • • •

Tras meter en una mochila pequeña un par de botellas de agua, un jersey fino y un chubasquero, me vi obligado a ponerme en camino con Petra.

Lo que para cualquier chico del instituto hubiera sido un sueño, el premio gordo, a mí se me antojaba una lata. Y no solo por las horas de camino para ir y volver, ade-

más de lo que durara el supuesto «avistamiento». Me resultaba violento dar conversación toda la noche a alguien a quien apenas conocía.

Me tranquilizó comprobar que ella tampoco lo esperaba, ya que la primera media hora caminamos a buen ritmo sin cruzar una sola palabra. Incluso a mí, que en Haría tenía fama de ermitaño, empezaba a parecerme raro aquel silencio.

Mientras atravesábamos la enorme playa del Salado, le expliqué:

—Hay otras montañas a las que podríamos haber ido en bici, pero en este arenal te quedas clavado. Para llegar adonde tú quieres no queda otra que ir a pie.

—No me importa caminar —repuso ella sin aflojar el paso—. Y valoro muchísimo que te hayas ofrecido a acompañarme. Eres un cielo. Ernesto te dará las gracias personalmente el lunes.

Mi mirada se elevó sin querer al firmamento, como si buscara en la partitura de las estrellas una clave para entender a aquel «pibonazo» que tanto había impresionado a mi padre.

—No hay de qué —dije por decir—. Pero… ¿no se pondrá celoso de que pases la noche con otro chico en un lugar tan aislado?

—¿Celoso? ¿Por qué?

—Bueno, ya se sabe. Un chico y una chica… a estas horas, en una montaña. En fin, puedes estar tranquila. Tienes suerte de que soy algo rarito y no pasará nada.

Petra se detuvo en este punto. Sus labios carnosos se curvaron en una expresión entre la ingenuidad y la diversión.

—¿Por qué no ha de pasar nada?

—Vaya pregunta —dije pasmado—. ¿Quieres que Ernesto me dé una paliza en lugar de las gracias?

—A él le trae sin cuidado lo que hagamos tú y yo ahí arriba. Somos libres.

Empezaba a sospechar que a la *top girl* del instituto le faltaba un tornillo, así que pregunté con precaución:

—¿No es tu novio?

—Para nada.

—Pues siempre se os ve juntos por todas partes —dije incómodo.

—Somos como hermanos. Nos hemos criado en la misma calle de Haría desde bebés. Prácticamente nos podemos leer el pensamiento, no necesitamos hablar.

—Entonces, ¿no sois pareja? Siempre vais cogidos de la mano.

Para acabarme de desconcertar, Petra agarró mi mano suavemente y me hizo acelerar el paso.

—Nadie es pareja. Cada cual es quien es, ¿no?

La sombra de Montaña Amarilla ya se perfilaba como un extraño tótem bajo las estrellas. Sin atreverme a soltar su mano para no violentarla, le pregunté:

—¿A qué viene tanta prisa?

—Falta poco ya para que suceda.